

UN SUCESO EXTRAÑO

Se habían conocido en el Café Central una tarde lluviosa de otoño. Como de costumbre Julieta se sentó al lado de la ventana del rincón; ese era el lugar más acogedor y luminoso de todos. Hasta allí los ruidos llegaban tamizados y las conversaciones, como susurros lejanos, no le impedían concentrarse en la lectura. Pidió al camarero un chocolate, y ocupó también la silla más próxima doblando su abrigo sobre ella.

Protegida tras los cristales, veía a la gente caminar bajo sus paraguas, vadeando los charcos que se iban formando sobre el pavimento irregular de la avenida principal.

Las lámparas en el Café se encendían hacia la media tarde, su luz transformaba la atmósfera del interior bañando sus paredes de un color amarillo más intenso, que hacía más visibles algunos desconchones blanquecinos; delatando sin piedad el paso de los años.

- ¿Le molesta si me siento?- le preguntó un hombre joven a Julieta.

- ¡oh, no! Claro que no- exclamó ella: esperaba a una amiga que ya no vendrá. Le contestó ruborizándose como una adolescente.

-Ésta es la única silla libre en el Café- añadió él.

-Me llamo Leopoldo- le dijo tendiéndole la mano.

-Encantada, soy Julieta.

Él le agradeció la amabilidad, y pidió al camarero una taza de chocolate bien caliente y también un vaso de agua.

Sentados frente a frente, se miraron con disimulo, se hicieron preguntas de cortesía y él, arqueando una ceja, dijo:

- ¡Tenemos algo en común!, a los dos nos gusta el chocolate.

Bromearon cuidando la discreción y buscando la chispa que encendiera una sonrisa.

Después de un corto silencio, Julieta le preguntó por su signo del zodiaco. Leopoldo la miró sorprendido. Ella le advirtió: no te rías, el signo de esta semana anunciaba para mí, que estaba a punto de conocer a un hombre interesante, y mi vida daría un cambio rotundo. La fe que tengo es tan ciega, que yo estaba aquí esperando tú llegada.

-¿Tú no crees en el zodiaco?- insistió Julieta, con timidez.

-Lo que yo creo es que el azar nos ha puesto aquí, uno frente al otro.- Contestó él.

- ¿Sabes que la mayoría de las cosas importantes que marcan nuestra vida, ocurren por azar?- Interrogó Leopoldo, -yo estoy dispuesto a colaborar para que sigas manteniendo tus creencias.

-Soy una mujer devota, en mi interior tengo arraigadas algunas creencias profundas. Hay personas que pueden adivinar el futuro leyendo las líneas de la mano, otras son especialistas con las cartas de una baraja: todo esto nada tiene que ver con la brujas, que por considerarlas peligrosas, algunas fueron quemadas en la hoguera.

Tal vez solo sea una manera de soñar, nada tiene de malo alimentar la esperanza de que un nuevo día pueda ofrecernos un regalo, claro que, hay que estar atento para verlo llegar. Sin los sueños podríamos perdernos por oscuros laberintos sin retorno. Hay otros devotos más ambiciosos: los que aspiran conseguir la vida eterna.

Hubo un largo silencio, en la calle la lluvia amainaba y la gente caminaba sin prisas.

-¿Te parece bien este lugar para encontrarnos en el futuro?- Ella le miró con la suavidad de sus ojos garzos y contestó sonriendo:

-si es posible, que sea al atardecer. La luz de las lámparas ahuyenta los temores. ¿Te parece bien esa hora?

- Claro que sí- añadió Leopoldo - pero te advierto que no soporto la impuntualidad.

Días más tarde, Julieta visitó a una famosa echadora de cartas que vivía en la buhardilla de la casa de balcones verdes en la calle Talismán. Subía por la escalera empinada y estrecha respirando un aire denso con olor a humo rancio y concentrado

de refritos. Llegó jadeante al último descansillo. La única puerta que había y el barandal, estaban pintadas de color verde, una tarjeta amarillenta con letras negras resaltaba en el centro de la puerta y anunciaba:

ESMERALDA CIENFUEGOS. PITONISA

Apretó el timbre y respiró hondo. Abrió la puerta la mujer de mediana edad y pelo blanco que ya conocía; días atrás ella la había abordado en un banco del parque mientras resolvía un crucigrama. Con rapidez, había extendido ante ella una desgastada baraja de cartas que, paso a paso, le fueron informando sobre su futuro. Harás un viaje, conocerás a un hombre que cambiará tu vida.... También está presente... la muerte. La pitonisa vio que un policía cruzaba la calle hacia ellas: la mujer retiró las cartas con celeridad, dejó en la mano de Julieta una tarjeta con su dirección y desapareció entre la gente.

La muerte anunciada inquietaba a Julieta; le daba vueltas en la cabeza, conciliaba mal el sueño y por las noches sentía el miedo recorriendo su cuerpo como un escalofrío. Necesitaba información que la ayudara a esquivar el triste augurio de la muerte.

La pitonisa acompañó a Julieta a la sala de consultas; colgados en una de las paredes había variedad de manojos de plantas secas, la pared contigua sujetaba estanterías con tarros de cristal etiquetados ordenadamente. A su lado, colgaba de una escarpia un cartón rectangular escrito con letras negras que decía:- ungüentos para hacer infusiones, Infalibles contra las enfermedades del alma.-

Al lado de la ventana, un perchero de alambre llamó la atención de Julieta. Extendida sobre él estaba la piel de un gato, que tembló cuando ella le pasó la mano por el lomo, dejando su brazo acalambrado como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

- ¡Es igual que mi gato!- exclamó Julieta nerviosa- negro, con la cabeza grisácea y las orejas blancas.-

-No puedo imaginar la muerte de mi gato, nosotros estamos muy unidos, nos hacemos compañía, yo le canto nanas y él escucha atentamente hasta el final, sin apartar de mí la mirada. No consentiría que alguien le hiciera daño.-

Se sentaron alrededor de una floreada mesa camilla, la pitonisa hábilmente tendió las cartas sobre la mesa. Concentrada en la tarea, insistía en descifrar aquel enigma escurridizo que tenía entre sus manos. La muerte seguía cercana, pero oculta, desdibujada en un oscuro túnel. Si no conseguía ver más allá, no sabría cómo salvar a la víctima; y sintió pena por ella. Había terminado su trabajo sin aportar un rayo de luz que iluminara una pista para seguir buscando.

-Nada nuevo por ahora- anunció la pitonisa con tono debilitado.

Julieta temía que la muerte se llevara a su novio. Ella no podría soportarlo; la noche anterior había tenido una pesadilla: los dos caminaban juntos, pero nunca conseguían cogerse de la mano, él se iba alejando más y más por un sendero estrecho que bordeaba un inmenso precipicio y ella no podía gritar para detenerlo. Se despertó asustada y empapada en sudor.

Leopoldo dormía plácidamente a su lado.

Al levantarse de la silla para salir, señalando la piel del gato, Julieta preguntó: ¿qué le pasó?

-Esto ocurrió- dijo la pitonisa- hace ya muchos años: el gato y yo vivíamos solos en la casa, él ronroneaba a mi lado, me despedía en la puerta cuando salía y al volver me miraba con ternura, como un niño pequeño.

Un día me enamoré, continuó la pitonisa: en poco tiempo mi novio empezó a subir a casa. Cuando nos acomodábamos en el sofá, Lapislázuli, que así se llamaba el gato, se sentaba entre los dos, y como si fuera un guardián, no nos quitaba los ojos de encima.

Todo lo que ocurrió aquella noche lo mantengo en mi memoria sin olvidar un detalle. Silenciosa como una tumba, he soportado el peso de la pérdida de mi novio en la más estricta soledad: pudorosa de mi intimidad y convencida de que nadie entendería mi dolor. Después de tantos años de silencio, al tenerla sentada frente a mí, siento que hay entre las dos algún hilo invisible que me ofrece cercanía para abrirle mi corazón.

-Agradezco la confianza: contestó Julieta.

El día de mi cumpleaños- empezó a contar Esmeralda- invité a Alejandro a cenar. Cuidé los detalles con esmero, preparé la mesa con un mantel de lino blanco bordado y un par de velas. En el centro resaltaba la fuente de cristal azul con una ensalada de frutas tropicales y variedad de colores brillantes.

A media tarde tomé una ducha con calma; dejé que la cascada de agua se llevara la espuma de champú que me cubría el cuerpo y resbalaba sobre mi pelo, dejándolo tan negro y brillante como el azabache.

A veces mi novio me sugería que me dejara la melena al aire. Sus halagos me ruborizaban, yo no quería mostrar signos de coquetería que él pudiera interpretar como un arma de conquista.

Pero había llegado el momento.

Para la cena me puse un vestido color violeta, ligeramente vaporoso, salpicado de pequeñas flores blancas y me lo ajusté al talle con una cinta de raso blanco.

Al oír el timbre, me pinté los labios frente al minúsculo espejito de filigrana que estaba apoyado sobre la consola del recibidor, y abrí la puerta.

Alejandro, sujetaba con su mano izquierda un ramo de rosas rojas, con la derecha me estrechó por la cintura; no supe que decir. Dejé las rosas sobre la consola y cogidos de la mano nos miramos a los ojos en silencio. Desató la cinta de mi talle, pasó despacio su mano por debajo del vestido, y mi cuerpo de costumbres puritanas se fue entregando sin rubor en aquel paraíso de sueños más fuerte que mi voluntad.

Un maullido ronco nos despertó del letargo, Lapislázuli paseaba nervioso por la sala. Alejandro se sentó en el sofá mientras yo preparaba un refresco en la cocina.

Desde allí, escuché un sonido que parecía salir de la garganta de un animal herido, al tiempo que se estrellaba contra el suelo la jarra con el refresco que yo sujetaba en mi mano.

¡Me quedé estupefacta, temblorosa, ante la escena! Lapislázuli había saltado a la garganta de Alejandro y, hundía en ella su cabeza clavándole los colmillos con el

ímpetu de un animal salvaje. Me lancé sobre el gato y apreté su cuello con fuerza hasta que cedió a la presión, quedando entre mis manos su cuerpo laso e inerte. Su último hilo de vida se apagó con un visible estertor.

Mi novio sangraba por la garganta a borbotones, le puse sobre la herida una toalla blanca que se fue tiñendo de rojo sin que yo pudiera detener aquel río de sangre que se llevaba su vida. En pocos segundos, con la mirada perdida, Alejandro exhaló un profundo suspiro y se fue.

Julieta se despidió de la pitonisa sin hacer comentarios; de camino a casa tomó una firme decisión, aunque no podía evitar sentirse miserable por ello.

Como de costumbre, salió por la tarde a dar un paseo con su gato. Lo metió en la bolsa de paredes transparentes, tomó el camino arbolado que lleva hasta el río; se paró al alcanzar el puente y apoyó la bolsa sobre el pretil. Escuchó el último maullido de Missin, que ella interpretó como una llamada de socorro.

Había anochecido, la luna iluminaba el río y hasta allí llegaba de algún lugar lejano el canto monótono de un búho.

- La corriente te llevará lejos, te dejará en un recodo, o tal vez sientas el viento del mar. Allí donde te encuentres empezarás una vida nueva.-

Se aseguró de que la cremallera estuviera bien cerrada y deslizándola con suavidad la bolsa hacia el río dijo: -nunca volveremos a vernos-.

-Suerte Missin. ¡Que te vaya bien!-.